Série 1.ª — 21 Marzo 1891 — Número 4.

ESTUDIOS TEOSÓFICOS

SATYAT NASTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

Para pedidos é informes dirigirse á la imprenta de estos Estudios Teosóficos

Posee la Sabiduría aquel hombre que carece de afecto hácia todas las cosas y que, habiendo experimentado sucesos favorables ó adversos, ni se regocija por aquellos ni se deja abatir por éstos.

(Del *Bhagavad-Gîtâ*.—II)

El Buddhismo en Occidente

(Continuación)

III

La iglesia de Cristo no había absorbido toda la secta de los esenios. Estos eran todavía numerosos en tiempo del historiador Josefo. San Epifanio, á fines del siglo IV, nos dice que en su tiempo existían intactos en su antiguo retiro, al este del Mar Muerto. Cirilo, de Jerusalem habla de un cierto *Scythianus*, que Suidas y otros han confundido erróneamente, con Manes, jefe de los maniqueos, y de quien han hecho un brahman. Estos autores con-

fundian á brahmanes y buddhistas casi del mismo modo que nosotros confundimos los judíos y cristianos. En-Nedim, autor árabe dá á proposito de Scythiano algunos datos, de los cuales resulta su identidad con Elkesai, que fundó la secta de los mandeos y que vivía á últimos del siglo primero, poco tiempo después de los apóstoles. Este Elkesai, de origen incierto, fué educado en el norte de la Arabia, tocando la baja Mesopotamia, fué después á Alejandría, donde estudió los libros de los pitagóricos, ejerció el comercio con la India, y adquirió grandes riquezas. Compuso cuatro libros, cuyos títulos nos dá Cirilo, siendo el cuarto de ellos el *Tesoro*. Desde Egipto, donde reunió numerosos discípulos, fué á Jerusalem, profesando allí la doctrina de los dos Principios. En Judea encontró nuevamente á los esenios de Palestina ó nazarenos, entre los cuales gozó de indiscutible autoridad.

Scythiano era un sobrenombre que le dieron indudablemente á causa de sus relaciones con la Scythia, este pais lindaba con la India y el imperio de los Parthos. Kanishka, promotor del cuarto concilio búddhico, había muerto en el año 40 antes de J. C.. Elkesai había traído de dicho punto un libro que había recibido de Sera, capital del país de la seda, es decir, del nor-oeste de la China, en las inmediaciones del Tibet.

En cuanto á los mandeos ó gnósticos de la Mesopotamia, derivaban este nombre místico de *manda*, la Palabra, pero su nombre público era saba, sabeos; su libro era el *Ginsa* ó *Tesoro*. El ángel que había revelado este libro se había encarnado del Espíritu Santo en el seno de una Virgen. En el siglo XIII, Marco Polo encontró todavía el libro del *Tesoro* en gran veneración, en el Asia central. Los sabeos practicaban el bautismo en el agua, y se tenian por discípulos de Juan Bautista. Su fundador no era, pues, brahman, sino esenio. San Hipólito, á mediados del siglo III, atestigua la existencia de elkesaitas en Roma. Unas veces se les daba el nombre de *mogtasilah*, palabra que significa bañadores, y otras veces el de *samans*, es decir, sramanas ó ascetas buddhistas. Pero el nombre que prevaleció luego fué el de *maniqueos*.

El sucesor inmediato de Scythiano nos es conocido igualmente por san Cirilo, que le llama *Terebintho*; este nombre nada tiene

que ver indudablemente con el del pistachero; (*) su forma es persa. Heredero del oro, de los libros y de las doctrina de Elkesai, Terebintho no pudo permanecer en la Judea, donde debió estar en lucha con el judaísmo. Pasó á la Persia, tomando el nombre de *Buddha*. Lo que Cirilo añade no es inverosímil: dice que Terebintho tuvo allí por adversarios á los sacerdotes del Sol; pero continúa diciendo que, perseguido por ellos, se refugió en la casa de una viuda, y que después de subir hasta la parte más elevada de dicha casa, invocaba los demonios del aire, cuando herido por Dios, fué precipitado, muriendo en la caída. Durante la reacción zoroastriana, es probable que los sacerdotes del Sol, es decir, de Mithra hayan perseguido de esta suerte á un hombre que ellos podían muy bien haber confundido con los cristianos; pero un jefe de escuela que se daba á sí mismo el título de buddha no invocaba ciertamente á los „demonios del aire".

Sea de ello lo que fue.e, esta viuda, teniendo en su poder los libros tradicionales de Elkesai y de Terebintho el buddha, los guardó piadosamente hasta que hubo encontrado á un hombre á quien pudiese confiar el depósito. Este hombre, dice Cirilo, fué un esclavo llamado *Curbico* á quien adoptó é hizo instruir en los dogmas persas. Muerta aquella viuda, Curbico tomó el nombre de *Manés*, y la secta recibió de él el nombre de *maniqueos*.

He descendido en estos pequeños detalles para demostrar que la secta de los maniqueos procedía de los esenios de Galilea, de igual manera que estos últimos procedían del buddhismo. Existía, pues, un parentesco de origen entre los maniqueos y los cristianos. Estos aguzaron su ingenio con motivo de la palabra Manes, que en latín significa las sombras de los muertos, y recuerda el término „mania", nombre griego de la locura. Si Manés y Maniqueos son voces indo-iranias, parecen significar „El Sabio" (en sanscrito *manishin*) y ser sinónimas de buddha. Se ha dicho que Manés tomaba también el nombre de Paráclito, haciéndose pasar por el espíritu consolador, cuya venida había sido anunciada por Cristo. Todo cuanto sabemos respecto á los detalles de su vida es por conducto de Cirilo y de Epifanio; pe-

(*) Especie vegetal perteneciente á la familia de las Terebintáceas. *(Nota del traductor)*.

ro uno y otro autor los habían tomado de Arquelao, obispo de Caschara, el cual había sostenido calurosas discusiones con Manés; es, por lo tanto, un testimonio sospechoso. Cirilo añade que Manés había excitado el furor del pueblo, y apelaba á la fuga, cuando el rey de Persia (Barham 1.°) le hizo prender por sus satélites y mandó desollar vivo; su cuerpo fué arrojado á los animales; su piel fué henchida de aire y colgada á las puertas como un odre. El emperador Valerio había sufrido una suerte parecida.

El primero y principal dogma de Manés fué el de los dos principios, el bueno y el malo. Sobre este punto estaba de acuerdo con los buddhistas, los persas y los cristianos. Pero hacia remontar la lucha al origen de las cosas, y no admitía que el mundo hubiese sido formado de la nada. Según él una materia eterna había sido puesta en acción por el principio bueno, siéndole constantemente disputada por el malo. El mundo habia de este modo caido bajo el imperio del mal; el restablecimiento de las cosas era procurado por el Cristo, es decir, por la esencia divina infundida en las criaturas. En el transcurso de los tiempos la victoria del bien tenía que ser completa, debiendo ser purificadas todas las cosas. Esta última doctrina es precisamente la de Zoroastro, concerniente á la victoria final de Ormuzd sobre Ahriman. Es también la de Çakyamouni, puesto que, según él, los seres pensadores se encaminan hácia el nirvana, lo cual implica la derrota definitiva de Mara. Finalmente esta misma doctrina existe entre los cristianos; nuestro Oficio de difuntos contiene esta fórmula sacada de la primera epístola á los Corintios: *Novissima inimica destruetur Mors,* al fin la enemiga será destruída, la Muerte. La palabra latina *Mors* es idéntica á la sanscrita *Mara.*

Según Manés, los dos principios se encuentran en todos los hombres, y están representados por dos almas luchando la una contra la otra. Por la palabra alma, es sabido que los antiguos no entendían tan solo el sér pensador, sino más bien el principio de la vida y el del pensamiento; los maniqueos no estaban, pues, distantes de la verdad fisiológica. San Agustín ha disertado mucho y bastante mal sobre esta cuestión contra los discípulos de Manés. En cuanto á la metempsícosis pitagoriana que ellos pro-

fesaban, no era otra cosa que la reproducción de la doctrina búddhica, que hacía pasar las almas por una série de vidas sucesivas, en las cuales se va operando gradualmente su purificación. Los cristianos cierran con la muerte nuestra existencia corporal, después nos hacen someter á un juicio único, del cual salimos elegidos ó condenados; y sin embargo no han podido menos de ver que tal opinión era demasiado absoluta, porque han introducido el purgatorio, que por sus efectos equivale a la transmigración.

Aunque Manés no fué cristiano, admitía el Cristo; sin embargo, no creía que se hubiese revestido de carne humana, que hubiese nacido y que hubiese padecido. Además, según dice san Hilario, negaba que la substancia de Cristo fuese la misma que la del Padre. ¿Como podía haber pensado de otro modo, cuando rechazaba la idea de la creación y no admitía nada más allá de los dos principios? Se inclinaba lógicamente al docetismo, que negaba la realidad material del Salvador. Por esto es que Theodoredo dice con mucha razón que los maniqueos llamaban á Cristo el Sol de este mundo, y que para ellos el Cristo no era el cuerpo del Sol, sino que estaba en el Sol como padre de la luz inaccesible; y esto es precisamente lo que también nos enseña san Agustin. En este punto los maniqueos eran puros Zoroastrianos, y podían admitir en un sentido místico el culto, entonces muy generalizado, de Mithra. Asi mismo estaban de acuerdo con los cristianos, quienes, en el viril del Santo-Sacramento, presentan el cuerpo del Salvador en un disco radiante. Este aparato simbólico era, como he dicho, anterior á los unos y á otros; Quinto-Curcio cuenta que en las fiestas del rey de Persia, el objeto que figuraba en primer término era una imágen del Sol radiante colocada bajo vidrio.

Manés tenía en poca estima los profetas de los Judíos; encontraba en ellos una multitud de errores. Dirigía contra los antiguos patriarcas diversas acusaciones, y hasta encontraba en el Decálogo el culto, no de un solo Dios, sino de varios y aún de muchos. En lo que sobre el particular refieren los padres, hay alguna confusión; Manés que conocía las lenguas semíticas, había encontrado con seguridad, como nuestros propios sabios,

el politeismo en los antiguos libros de la Biblia, libros admitidos por los cristianos.

La iglesia maníquea estaba dividida, como la búddhica, en dos clases de personas, los *Auditores* y los *Elegidos*. Para formar parte de la asamblea, se debía recibir el bautismo; y ésto lo afirma San Gerónimo, que vivía en el Oriente; al negar esto san Agustín, da á entender que dicho bautismo se practicaba en una forma distinta del de los cristianos. Manés tuvo doce discípulos, como Jesús. A imitación del número de estos apóstoles, su iglesia tuvo constantemente doce elegidos, que llevaban el nombre de *maestros* y un décimo tercero con el título de *príncipe*. Estos maestros ordenaban á los obispos en número de setenta y dos; los obispos á su vez conferían órdenes á los sacerdotes, y estos eran seguidos de los diáconos. Como se ve, en cuanto á su organización, la iglesia maníquea difería poco de la de los cristianos y reproducía igualmente la organización búddhica.

Además, practicábase también la abstinencia; la carne, los huevos y el vino estaban prohibidos; el celibato y la virginidad eran recomendados, pero no obligatorios. La meditación, la lectura y la enseñanza constituían las ocupaciones habituales de estos religiosos; las austeridades extenuaban sus cuerpos, y cuando en Roma se veía pasar un hombre triste y macilento, decía la gente: es un pobre maniqueo.

Para progagar la doctrina á regiones lejanas, su iglesia contaba con misioneros, que partían en dirección de las diferentes partes del mundo; estos religiosos sabios y convencidos atraían á los hombres prometiéndoles la verdad desnuda, exenta de símbolos, sin pretensiones de autoridad, y no valiéndose para ello más que del raciocinio y la persuasión. San Agustín, antes de conocer á Ambrosio, fué durante nueve años maniqueo, lo cual á buen seguro no había sucedido si esta secta hubiese cometido las infamias de que la han acusado.

A su influencia debió el ser nombrado profesor de retórica; en sus *Confesiones* habla con elogio de la dulzura de lenguage, de los finos modales y de las cualidades distinguidas del obispo maniqueo Fausto, á quien había conocido en Cartago. Por lo demás, los autores que mayor encarnizamiento demostraban con-

tra ellos, no citan ni un solo acto de violencia cometido por estos buddhistas occidentales; se les acusa solamente de falsas doctrinas, de actos vergonzosos, practicados en secreto y que nadie podía averiguar. En revancha, san Agustín declara que era cosa muy dificil el convertir á la iglesia cristiana las personas iniciadas en la religión de Manés.

Los maníqueos fueron perseguidos con un rigor el mas extremado, tan pronto como el cristianismo tuvo poder para perseguirlos. Los emperadores paganos dieron el ejemplo. En tiempo de Diocleciano y de Maximiano la secta había adquirido vigor, y penetraba en la provincia de Africa, donde muy pronto echó hondas raices. Confundiéndolos con los cristianos, aquellos dos emperadores ordenaron que sus libros y sus doctores fuesen quemados, que fuesen castigados sus sectarios, que los más caracterizados entre estos últimos, fuesen condenados á las minas, y que los bienes de todos ellos fuesen confiscados. Valentiniano, emperador cristiano, publicó un edicto, que puede verse en el Código teodosiano, prohibiendo las reuniones de los maniqueos, imponiendo multas á sus doctores, y confiscando las casas donde se reunían. Parece que la principal de estas casas era la de un tal Constancio, hombre muy rico, y cuya propiedad podía dar envidia. Graciano hizo cesar nuevamente las reuniones de los maniqueos. Teodosio II les quitó el derecho de testar, les persiguió en Roma y en todo el resto del imperio, y ordenó que fuesen expulsados de cualquier parte donde se encontrasen. Por esta época, Prisciliano fundó una secta aneja á la de Manés; secta que profesaba á corta diferencia las misma doctrinas, y se relacionaba de una parte con los cristianos, cuyas iglesias frecuentaba. El obispo Ithacio entregó á Prisciliano á los jueces seglares y á los eclesiásticos.

Imperando Valentiniano III, el papa san León empezó, en 443, á perseguir á los maniqueos ocultos en Roma, y quemó sus libros. Exhortó al pueblo á descubrirlos y delatarlos al tribunal eclesiástico. Hizo contra ellos un discurso en el cual revelaba sus dogmas criminales, diciendo que "su ley era la mentira, su religión el diablo, y su culto una torpeza". Era esto el reverso de la verdad, puesto que como buddhistas, ellos luchaban con

armas cortéses contra la ignorancia y la mentira, contra Mara y contra la idolatría. En virtud de las delaciones de aquellos que fueron detenidos en la ciudad, se vino en conocimiento de los doctores, obispos y sacerdotes que existían en las provincias y en las ciudades. Entónces san León reunió en Roma un concilio en el cual fueron condenados según las leyes imperiales. A este concilio asistían, á más de los obispos y sacerdotes, muchos senadores y personas notables y una parte del pueblo. El papa escribía á todos los obispos de Italia encargándoles que persiguiesen "estos herejes" y los inquietasen por todos conceptos. Valentiniano III, instigado por el mismo pontífice, castigaba como sacrílegos á los maniqueos y á sus fautores, y permitía á todo el mundo acusarles de un crímen de estado. Otro emperador, bárbaro del Norte llamado Oupravda de su verdadero nombre, y que no sabía leer ni escribir, se permitía tomar parte en las discusiones religiosas, castigó de muerte entre otros á los maniqueos, muchos de los cuales fueron llevados al suplicio. Este Oupravda es el que la historia llama Justino, padre del emperador legista Justiniano.

Por lo demás, la persecución se hizo general. En Persia el rey Sassanida Cabad hizo una horrible matanza, pereciendo muchos miles con su obispo, no importando que fuesen originarios de su reino. No era escrupuloso tocante á los procederes para destruirlos. Había en Armenia un tal Constantino que, viendo á los maniqueos perseguidos por todas partes, se puso de improviso á su cabeza, haciéndose pasar, según se dice, por Silvano, que en otros tiempos el apóstol san Pablo había enviado á Macedonia. Para desembarazarse de él, el emperador Constancio envió un palatino llamado Simeón, que le hizo matar de una pedrada por uno de sus discípulos más estimados. Desgraciadamente este Simeón se hizo maniqueo, convirtió á mucha gente, y la secta no pareció destruída sino hasta en tiempo de Justiniano II, que entregó los adherentes á las llamas. Pero estos llegaron otra vez á ser muy numerosos en tiempo de León el Isaurio; expulsados de las ciudades de Armenia, se habían retirado á las montañas, donde el emperador mandó darles una batida.

En medio de persecuciones inauditas, la iglesia maniquea iba

engrandeciéndose. Extendíase por el imperio de Oriente y por los estados del Occidente. Se había en algún modo fraccionado tomando nombres diversos, especialmente los de *paulicianos* y *atinganos*. Había tenido una especie de tregua en tiempo de Nicéforo, emperador contemporáneo de Carlomagno, que la protegía visiblemente; pero en 812, su sucesor, Miguel Curopalato, emprendió de nuevo las persecuciones contra los maniqueos, y los hizo acuchillar hasta dentro de Constantinopla. En 845, Miguel III, por insinuación de la emperatriz Teodora, apeló á un medio decisivo contra los paulicianos. Habían estos adquirido una preponderancia tal que no podía pensarse en reducirlos sino levantando un ejército. Así se hizo, y se mandó contra ellos muchos generales, que "hicieron la cosa muy guapamente", y mataron á unos cien mil. A últimos de aquel siglo, Basilio el Macedonio acabó de exterminarlos; fueron de tal manera abatidos, que su masa, entonces inmensa, "se disipó como el humo".

El imperio de Oriente habia, pues, exterminado los buddhistas maniqueos, descendientes del esenio Elkesai allá por el tiempo de los apóstoles. Pero reaparecierón en Occidente bajo otros nombres. No hablo de los paulicianos, que, establecidos en Alemania, fueron uno de los origenes de la reforma protestante; su suerte fué mucho menos miserable. Hablo de los sectarios que en el siglo XI aparecierón por vez primera en Orleans. Sus doctrinas traidas, según se dice, por una mujer llegada de Italia, eran calificadas de heregía maniquea. El piadoso rey Roberto se dirigió apresuradamente á la ciudad referida, convocó á un buen número de obispos y de abates convictos de ser fautores de la heregia, y los mando quemar vivos. Otros sectarios de las mismas doctrinas fuerón encontrados en España, en Toledo, y condenados á la hoguera. Pero hablo especialmente de los que eran designados en el mediodia de Francia por los nombres de *catharos de patarinos, de públicanos, de buenos-hombres*, y que han sido comprendidos bajo la denominación comun de *albigenses*. Su historía es sobrado conocida, y ha sido contada demasiadas veces para que sea útil repetirla en este lugar. Representan la última rama de los maniqueos en el Occidente. Numerosos intereses y y las pasiones más diversas se pusieron en juego en la espan-

tosa y larga guerra que se les hizo. La iglesia romana vió sobretodo la divergencia de las doctrinas y persiguió la extinción de una heregía. Los reyes y señores franceses fueron indudablemente inspirados por motivos políticos. La política superior de la corte pontificia, que dirigió los acontecimientos y armó el brazo seglar, defendía la integridad de la autoridad soberana del papa. En Roma se sabía muy bien que por la heregía los espíritus se separa del poder central se desprenden del mismo y lo debilitan proporcionalmente. Creyeron obrar cuerdamente, por destruír la heregía, destruír los hereges; de la misma manera que por matar la enfermedad, los médicos de antaño mataban al enfermo. La iglesia romana advirtió más tarde su error, por cuanto su conducta con los albigenses contribuyó no poco al éxito del protestantismo.

Los hechos que acabo de resumir vienen consignados y extensamente relatados en los *Anales eclesiásticos* del cardenal Baronio. No los he mentado con la idea de atacar á la iglesia católica, que seguramente ha cambiado de espiritu desde el siglo XII acá; pero he tenido que seguir durante un millar de años el destino extraño y lamentable de una secta siempre "combatida," y que sin embargo tenía su origen en las mismas fuentes que el cristianismo. ¿Porqué este último la ha perseguido de este modo, destruido por el hierro y el fuego, y, lo que es aún peor, deshonrado por medio de las más espantosas acusaciones? La lucha ha comenzado desde el origen, cuando la autoridad romana estaba en su cuna y aspiraba ella misma á la existencia; esta lucha ha ido generalizándose, y se ha propagado lo mismo en el Oriente que en el Occidente. En todas sus peripecias no se encontrarian en juego ni las mismas pasiones ni idénticos intereses más que en tiempo de Simón de Monforte y de los condes de Tolosa. Ha habido, pues, una causa más general, más profunda, que ha motivado que las potencias rechazasen de todas partes y en todos tiempos ciertos dogmas acogidos por el pueblo. Esta causa se puede dilucidar por el análisis.

Las religiones son las grandes asociaciones humanas, más extendidas que los estados y que las naciones. Cada una de ellas está basada en un modo de concebir el principio de las cosas.

Esta concepción tiene consecuencias necesarias que se manifiestan, no solamente en el culto, sino también en la conducta de la vida. Asi es que cada una de las religiones tiene su moral y su politica, y se interesa en todos los asuntos humanos; porque cada cual se modela sobre su dios. Buddha habia desechado la idea de un Dios personal y aún la de un Sér supremo, cualquiera que fuese. Habia comprendido que si concedia la individualidad al principio de las cosas, sucedería una de dos: ó lo haria múltiple y caeria nuevamente en el politeismo brahmánico, ó haria de él un señor único, una especie de monarca absoluto, cuya iniciativa se sustituiría á la de todos los demás séres. En este supuesto, la ciencia de una parte, y la virtud de otra, serian vanas, puesto que su capricho ó su gracia haria todo el mérito de cada uno de nosotros. El esfuerzo de la voluntad, sobre el cual se apoyaba toda la moral de Buddha, seria una quimera y dejaría de ser la via que conduce al nirvana, á la perfección y al reposo. Además ese Dios supremo de tal modo constituido, se encontraría en lucha con todos los dioses de las otras religiones, originaría entre ellas un estado de guerra, y haría la caridad imposible. Por esto es que Buddha y después de él sus sectarios, aceptaron todas las religiones, proclamaron la tolerancia universal, y no pidieron á los hombres otra cosa que el amor mútuo y sincero, la caridad. Los misioneros cristianos que han permanecido en paises buddhistas reconocen unánimemente la tolerancia de esta religión hácia los ministros de los demás cultos. Alli donde ha prevalecido el buddhismo puro, jamás se ha mostrado perseguidor.

Cuando Jesucristo murió en la cruz, sus discipulos no tardaron en constituirse en iglesia, afirmarse y discutir los problemas relativos al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo. La mayor parte de los primitivos cristianos eran Judios, los demas eran casi todos Griegos, salidos del politeismo; todos ellos vivian en un medio social en el cual la personalidad divina era la doctrina corriente. Cuando la religión cristiana definió sus dogmas hizo hincapié sobre este punto, aún más que lo que habían hecho las escuelas filosóficas de Grecia. Tomó los libros hebráicos por sus libros santos, y proclamó á Dios, no solo único, sinó separado

del mundo y criador del universo. San Agustín (*Confes*, 5, II) escribe lo siguiente: "Los Libros del Nuevo Testamento, nos decian los maniqueos, han sido falsificados por no sabemos que gentes, que han querido introducir la ley de los Judios en la fé de los cristianos, y ellos mismos no tienen más que unos ejemplares alterados." Este fué, pues, el origen del conflicto. Nacida en gran parte de la predicación búddhica, y agrupando en su unidad algunos elementos tomados de las religiones arianas, la fé de la iglesia se hizo judía por su cúspide, es decir, por la teología.

Desde entonces sus jefes no fueron más que simples religiosos, cultivando la ciencia y practicando la caridad. Fueron sacerdotes, en la antigua acepción de la palabra, levitas, intermediarios entre Dios y los hombres, entre el Rey supremo y sus súbditos. La asamblea de los fieles tuvo fuera de ella misma un clero que vino á ser por si solo la iglesia, órgano complejo sin el cual los fieles no podian comunicar con su criador. Esta iglesia gerarquizada tuvo jefes escalonados los unos debajo los otros, como los de un ejército, con un jefe supremo que da la fórmula de la verdad, de la virtud y del combate. Desde entonces también la caridad búddhica era reemplazada por la obediencia á la iglesia. La iglesia, organizada de intento para la lucha por la existencia. hallábase en estado de guerra con todas las religiones, las comunidades disidentes y las opiniones privadas. Hé aquí porque en virtud de una doctrina de teología trascendental el cristianismo latino y griego trató tan duramente á los herejes. Sus golpes hirieron más á los maniqueos que á todos los demás, porqué dichos religiosos no eran, como los hereges ordinarios. miembros que hubiesen pertenecido ó perteneciesen todavía al cuerpo de la cristiandad. Procedían más exclusivamente del buddhismo rechazaban la creación y no reconocían á los profetas hebreos. Existió, pués, entre ellos y los cristianos una lucha de principios, y es precisamente la idea israelita la que armó contra ellos el brazo seglar de los cristianos.

(Se concluiará.)

CATECISMO TEOSÓFICO

PARA NIÑOS (*)

POR

J. CAMPBELL VER PLANCK

LECCIÓN I.

1 P.—¿Cuál es tu creencia?
C.—Creo en la Teosofía.

2 P.—¿Cuál es el significado de la palabra Teosofía?
C.—Significa sabiduría divina, ó conocimiento de las cosas divinas.

3 P.—¿Crées tú que posees esta sabiduría?
C.—No: creo que existe una tal sabiduría divina, y que puede ser alcanzada.

4 P.—¿Por quién puede ser alcanzada?
C.—Por hombres justos que han llegado á la perfección.

5 P.—¿Con ausilio de quién?
C.—Con el ausilio del alma espiritual.

6 P.—¿Es la Teosofía una religión?
C.—No, no es una religión. Es la Religión misma.

7 P.—Esplica la diferencia. ¿Qué significa para nosotros una religión?
C.—Damos á entender con ello una afirmación ó creencia fija acerca de las cosas divinas, que han convertido los hombres en un credo ó artículos de fé que tienen que admitir todos sus fieles.

8 P.—Dices que los hombres han sido autores de estas creencias ¿Como?
C.—Han escogido un cierto número de verdades, ó su interpretación de las mismas tal como las comprenden, y en ellas han fundado iglesias. Cada una de estas creencias ó iglesias es una religión.

(*) Siendo nuestro propósito dar en los *Estudios Teosóficos* una lectura progresiva, desde lo más sencillo y de carácter preparatorio hasta lo más difícil y de órden más elevado; hemos creído de la mayor oportunidad dar cabida en los primeros números de nuestra publicación al excelente trabajo de J. Campbell Ver Planck, (traducido de «*The Path,*» de Nueva-York) en la seguridad de que será bien acogido por parte de nuestros lectores.—*La Dirección.*

9 P.—¿Qué es Religión?
C.—Es la totalidad completa de la Verdad Universal·

10 P.—¿En cuántas partes puede dividirse la Religión?
C.—En dos.

11 P.—¿Cuáles son?
C.—Religión en el Universo y Religión en el Hombre.

12 P.—¿Qué es la Religión en el Universo?
C.—Es la Verdad, ó Existencia Real, y obediencia á las leyes divina y universal. El Universo está fundado en la Verdad, y su desenvolvimiento, proceso ó evolución es guiado por aquellas leyes espirituales á las cuales siempre obedece.

13 P.—¿Qué es la Religión en el Hombre?
C.—El deseo de buscar verdades divinas y tener la voluntad de seguirlas una vez encontradas.

14 P.—Cita otra diferencia entre religiones y Religión.
C.—Las religiones son debidas á hombres y perecen como ellos. Pero la Naturaleza de la Verdad es divina y no puede morir jamás.

15 P.—¿Qué enseña la Teosofía?
C.—La Teosofía no enseña nada, porque es la ciencia divina en si misma. Pero las personas que creen en la existencia de una ciencia tal, y en que es posible el encontrarla, aprenden primero que la Verdad es el todo y que está en el Todo, y que ninguna religión es más eleveda que la Verdad.

16 P.—Si la Teosofía no posee creencia alguna, ¿cómo podemos conocer algunas de las verdades de la sabiduría espiritual?
C.—Aquel espíritu destila el amor de la Verdad en los corazones de los hombres. En la larga historia del mundo vemos muchos hombres santos, grandes maestros espirituales, que han buscado y encontrado algunas de las verdades divinas.

17 P.—¿Son ellas conocidas por cualquiera de las religiones?
C.Todas las religiones hállanse construidas sobre alguna porción de la Verdad, y todas desechan otras porciones de la misma.

18 P.—¿Cuántas religiones conocemos?
C.—Dícese que existen diez grandes religiones, y que existen muchas más religiones y sectas de menor importancia.

19 P.—¿Cuál de ellas es la verdadera?
C.—Cada una de ellas pretende ser la verdadera y que todas las demás son falsas. Cada una de ellas pretende que es la sola por cuyo medio pueden los hombres salvarse.

20 P.—¿Qué es lo que según nosotros diría á esto la Teosofía?

C.—Creemos ser verdad que toda religión posee en sí misma algún conocimiento divino y que todas están fundadas en una verdad.

21 P.—¿Cuál es la causa de que las religiones difieran unas de otras?
C.—Las diferentes inteligencias de los distintos hombres que han contemplado á la verdad bajo aspectos diferentes.

22 P.—¿En dónde creen los estudiantes más teosóficos que pueden encontrarse verdades divinas en mayor número?
C.—En una série de enseñanzas conocidas con el nombre de La Doctrina Secreta.

23 P.—Dime algo acerca de la Doctrina Secreta.
C.—Era conocida por los sabios del Oriente remoto, en tiempos bien primitivos, muchísimo antes de la era cristiana, y ellos son quienes la han dado á conocer en nuestros tiempos.

24 P.—¿Porqué le dan el nombre de Doctrina Secreta?
C.—Porqué era conocida por muy pocos hombres en cualquiera de los períodos de la historia del mundo.

25 P.—¿Y porqué?
C.—Porqué pocos hombres son lo suficientemente perfectos para que se les enseñe la sabiduria divina.

26 P.—¿Qué religiones son las más parecidas á la Doctrina Secreta?
C.—La Religión Buddhista y la Religión de los Brahmanes.

27 P.—¿Son ellas dos de las grandes religiones?
C.—Si. Ellas comprenden á más de los dos tercios de la humanidad.

28 P.—Pero dices tú que otras religiones también contienen verdades.
C.—Si, todas ellas; y todos los grandes Maestros desde Rama y Buddha á Jesucristo han enseñado estas cosas, y todas las biblias de las distintas religiones contienen algunas de ellas.

29 P.—¿Porqué, pues, dice cada religión que es ella sola la que posee la verdad?
C.—Porque cada religión ha sido enseñada de dos maneras, esotéricamente y exotéricamente.

30 P.—¿Qué significa la palabra esotérico?
C.—Significa secreto. Enseñar esotéricamente significa enseñar el sentido interior, oculto y espiritual.

31 P.—¿Qué significa la palabra exotérico?
C.—Significa exterior. Enseñar exotéricamente es enseñar la forma ó creencia externa.

32 P.—Cítame un ejemplo práctico.
C.—Si le enseño á V. una pepita de manzana y digo, "Esto es una pe-

pita de manzana„, es una enseñanza exotérica de la forma y del hecho exterior, pero si al enseñar pepita, digo, "Aquí hay un gran árbol, con verdes ramas que mueve el viento y cuajado de frutos sonrosados", en este caso es una enseñanza esotérica, la cual nos indica el poder oculto de la semilla pequeña y obscura para llegar á ser tan grande. Lo primero sólo nos habla de lo que vemos á simple vista, una pequeña pepita. La segunda nos dice la verdad secreta acerca de aquel poder y de aquella belleza ocultas en la semilla y que es únicamente percibido por el ojo de la fé y del saber.

(Se continuará)

MOVIMIENTO TEOSÓFICO GENERAL

Buena prueba de la actividad del Centro de Publicaciones Teosóficas de Bombay es la publicación de la nueva edición de «Los Aforismos de Patanjali», obra de importancia grandísima para todo aquel que se interesa por la filosofía y ocultismo Oriental.

Es la 2.ª edición; aunque en realidad la 3.ª, pues la misma obra fué publicada no hace mucho tiempo por el Centro de Publicaciones Teosóficas de los Estados-Unidos.

En Australia

Melbourne.—Tenemos la satisfacción de poner en conocimiento de nuestros lectores que el diploma para fundar una Rama en Melbourne ha sido enviada desde Adyar á un grupo de ardientes Teosofistas de aquella localidad, situado en los antípodas. La formación de dicha Rama es debida principalmente á la energía de la Sra. Elise Pickett cuyas conferencias lograron despertar vivísimo interés entre los auditores. La futura Rama cuenta ya con un salón de lectura y una librería. Muy importante será sin duda en el porvenir esta última ya que uno de los miembros ha destinado generosamente una crecida cantidad para la compra de libros ofreciendo además su propia biblioteca de literatura Teosófica.

(Del "*Lucifer*„ de Enero 15 1891

Número de Ramas formadas desde el año 1875 hasta 1890 (*)

1875	1876	1877	1878	1879	1880	1881	1882	1883	1884	1885	1886	1887	1888	1889	1890
	1	2	2	4	11	27	51	93	104	121	136	158	179	206	241

(*) Del *Teosophist*, de Enero 1891.

Tip. J. Miguel.—Gracia